

EL ATENEO DE MADRID: PLATAFORMA IDEOLÓGICA DEL FRANQUISMO (1939-1963)

Raquel Sánchez García
Universidad Complutense de Madrid

Tras la Guerra Civil tuvo lugar la incautación del Ateneo de Madrid. Así comenzó un proceso por el cual la vieja institución, de honda raigambre en la cultura liberal española, dejó de ser el feudo de la discusión y la tertulia para convertirse en una de las plataformas culturales por medio de las cuales el nuevo régimen diseñó sus estrategias ideológicas.

El Ateneo fue ocupado por Falange Española, que traspasó la dirección de la entidad a la Delegación Provincial del Ministerio de Educación Nacional¹. Aunque en principio se designó como presidente a Bernardo G. de Candamo, quien dirigió el proceso de transformación de la institución fue el falangista Salvador Lisarrague, ateneísta y discípulo de Ortega². El nombre de Ateneo, por las resonancias que aún tenía, fue cambiado por el de Aula de Cultura, dependiente del Sindicato Español del Profesorado. El Aula de Cultura sirvió únicamente de biblioteca, pues la institución perdió su independencia y pasó a estar subordinada administrativamente a la citada Delegación Provincial de Madrid del Ministerio de Educación Nacional. A pesar de que Lisarrague no fue presidente más que un año (1940), su reorganización se dejó sentir y cuando llegó el siguiente presidente, el padre Andrés María Mateo, no quedaban más funciones que la de dirigir la biblioteca (cuyos ficheros se encargó de purgar convenientemente).

¹ Documento fechado en Madrid el 1 de diciembre de 1940, Secretaría, Varios, caja 74, carpeta 7, Archivo del Ateneo de Madrid.

² Como es sabido, los presidentes del Ateneo se elegían (y se eligen en la actualidad) democráticamente. Sólo durante el franquismo tuvo el Ateneo presidencias designadas.

La situación del Aula de Cultura comenzaría a cambiar con la orden de 23 de marzo de 1946. Pocos meses antes se había creado la Dirección General de Propaganda, dependiente de la Subsecretaría de Educación Popular. Su objetivo era utilizar los medios disponibles para extender «la educación popular española». Para ello, la orden citada establecía que se hacía necesario «asignar a la llamada Aula de Cultura una esfera de actuación dentro ya de los propios mecanismos estatales»³. Además, se permitía al centro retomar su antiguo nombre de Ateneo considerándolo una «institución subvencionada por el Estado con categoría de organismo autónomo». De este modo, el Ateneo recobraba parcialmente su identidad. Su reputación internacional permitía proyectar hacia el exterior una imagen diseñada para que el régimen de Franco se insertase en el nuevo contexto internacional, en el que España, aun desentonando de las democracias occidentales, fuese vista como un miembro más del bloque occidental. A través del Ateneo y de sus actividades, sus dirigentes trataron de presentar una imagen de país conservador, autoritario y católico, pero no cuartelero ni militarista.

La reforma que planteó la orden de 23 de marzo de 1946, que otorgaba una mayor autonomía al Ateneo, rediseñó la directiva del centro, creando un Consejo Rector presidido por el Director General de Propaganda. Los presidentes de honor serían el Ministro de Educación Nacional y el Subsecretario de Educación Nacional⁴. Fue éste el momento en que la Falange empezó a perder peso en el Ateneo, pese a que Salvador Lissarrague continuó desempeñando una de las vocalías. Al igual que sucedió en el resto de las instituciones culturales, el desplazamiento de Falange marcaba una clara desviación en los intereses de los dirigentes del régimen. La presidencia del Ateneo recayó en Pedro Rocamora Valls, Director General de Propaganda. Rocamora se hallaba muy vinculado a la Asociación Nacional Católica de Propagandistas. Sus colaboradores fueron Ernesto Vivas, como secretario, y Pascual Martín y Román Moreno Carpintero, como adjuntos a la presidencia. De este modo, se inició la entrada

³ *Boletín Oficial del Estado*, 28 de marzo de 1946.

⁴ Las vocalías correspondían al Rector de la Universidad de Madrid, el Asesor Cultural del Frente de Juventudes, el Subdirector de la Biblioteca Nacional, el Subdirector de Radiodifusión, el Presidente de la extinta Aula de Cultura, el Secretario General de Propaganda, el Jefe de Protocolo de la Subsecretaría de Educación Popular, un asesor religioso designado por el Ministro de Educación Nacional a propuesta del obispo, diversos asesores musicales, artísticos, un representante de la prensa de Madrid, varios representantes de la Dirección General de Cinematografía y Teatro y, por último, dos vocales de libre designación. Todas las vocalías serían elegidas por el Ministro de Educación Nacional a propuesta del Subsecretario de Educación Nacional.

en el Ateneo de los católicos, quienes marcarían la orientación ideológica del régimen durante esos años.

1. Los primeros pasos

Uno de los hitos de este nuevo Ateneo pretendidamente autónomo fue la famosa conferencia de Ortega y Gasset celebrada el 4 de mayo de 1946. Al parecer, fue el mismo Rocamora quien se encargó de gestionar con el filósofo su retorno a España para hablar en el estrado ateneísta. Sobre las razones que tuvo el filósofo para aceptar conferenciar en la España franquista se ha escrito mucho, y no es éste el lugar para insistir sobre ello⁵. Lo que aquí nos interesa especialmente es ver el uso que el régimen hizo de Ortega y de su presencia en nuestro país. Evidentemente, la conferencia tenía que celebrarse en el Ateneo por cuanto el Ateneo representaba un centro de discusión y debate intelectual al margen de la política (o al menos eso se pretendía). Por otra parte, era un puerto conocido al que el filósofo podía recalar rodeado por muchos de sus antiguos discípulos. Su retorno, aunque no gustó a muchos recalcitrantes, quiso ser visto por algunos como el establecimiento de contacto con la brillante España intelectual de los años treinta; para otros fue la claudicación de un republicano hostil. Y por encima de todas estas miradas, se hallaba la del propio régimen, que quiso presentar la presencia del filósofo de cara al exterior como una vuelta a la normalidad.

Junto a la presencia de Ortega y aparte de los actos culturales de cariz musical, artístico o literario, se celebraron numerosas conferencias y ciclos de tipo político e histórico que tienen un gran interés para calibrar las líneas ideológicas que campaban por la España de Franco. Por una parte, subieron a la tribuna del Ateneo destacadas personalidades españolas, la mayor parte de las cuales habían destacado antes de la guerra civil. Algunos de ellos se mostraron parciales del nuevo régimen; otros, simplemente se dejaron llevar por la corriente. Entre ellos tenemos a Eugenio d'Ors, Ramón Menéndez Pidal, Ramón Gómez de la Serna, Jacinto Benavente o Gregorio Marañón. Estos intelectuales, con o sin su consentimiento (según los casos), fueron utilizados para prestigiar el entorno intelectual franquista. Se impulsaron, además, diversos seminarios para el análisis de

⁵ Acerca de esta cuestión, véanse las diferentes interpretaciones de J. ZAMORA BONILLA, en *Ortega y Gasset*, Plaza y Janés, Barcelona 2002, y G. MORÁN, en *El maestro en el exilio. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Tusquets, Barcelona 1998.

las glorias patrias desde una perspectiva nacionalista y católica, como los celebrados en honor a Cervantes, el Padre Suárez o Tirso de Molina, con destacada participación de uno de los escritores más consagrados al nuevo régimen: José María Pemán. Tampoco faltaron algunas concesiones a otras tendencias, como la presencia de Dionisio Ridruejo o de Francisco Javier Conde (aunque sus apariciones en el Ateneo sería cada vez menores, sobre todo durante la presidencia siguiente). En estos años se abrió paso una preocupación ateneísta que crecería enormemente en los años posteriores: Europa y el papel de España en Europa. Éste fue el sentido del ciclo «Concepto de Europa», en el que se pudo oír a Antonio García Luna, quien dio una conferencia sobre «Federalismo europeo» el 22 de marzo de 1948 y a Eugenio Frutos, que pronunció tres más sobre: «La excepción de España» (1-5-1950), «Europa como ser histórico» (3-5-1950) y «El modelo español de realizar Europa» (5-5-1950).

Poco después, en el otoño de 1950, se publicó en el *Boletín Oficial del Estado* otra orden que realizaba modificaciones en el estatuto del Ateneo. Se consideraba que «lograda así una evidente madurez intelectual (...), en el marco de su actual estructura, ha llegado el momento de incorporar a sus tareas, en puestos de responsabilidad, a determinadas figuras de la vida española que de hecho han colaborado ya en las actividades del Ateneo de Madrid y pueden prestarle en adelante el eficaz concurso de su experiencia, su brillantez y su vitalidad»⁶. Su anterior Consejo Rector pasaba a ser ahora una Junta Directiva. Fue éste el momento en que, habiéndose realizado reformas ministeriales de más largo alcance, se decidió que el Ateneo pasara a depender de la Dirección General de Propaganda del Ministerio de Información y Turismo. Se pretendía con ello dar más independencia a la institución, aunque posteriormente y por un decreto de 15-2-1952 se entraba en una contradicción manifiesta, pues al hablar de las competencias de la Dirección General de Información se decía que «también es de incumbencia de la Dirección General de Información orientar la actividad de los Ateneos de Madrid y Barcelona, que continuarán con su tradicional personalidad autónoma»⁷. Pedro Rocamora continuó siendo

⁶ *Boletín Oficial del Estado*, 26 de octubre de 1950.

⁷ Cuando en 1951 Florentino Pérez Embid fue nombrado Director General de Propaganda solicitó que le fuera cambiado el nombre a la dirección general por el de Dirección General de Información, que tenía connotaciones menos tendenciosas. Por otra parte, el decreto mencionado hace referencia al Ateneo de Barcelona, que también pasó a depender de las instituciones gubernamentales, siendo sus presidentes designados como los del Ateneo de Madrid (sobre el Ateneo de Barcelona, J. CASASSAS YMBERT: *L'Ateneu barcelonés*, Edicions de La Magrana-Institut Municipal d'Historia, Barcelona 1986). Todos los ateneos

presidente (aunque por poco tiempo, como veremos). Los vocales que le acompañaron fueron: Rafael Calvo Serer, Javier Conde, Joaquín Entrambasaguas, Melchor Fernández Almagro, Wenceslao Fernández Flórez, Gregorio Marañón, Eugenio Montes, Pedro Mourlane Michelena y Jesús Suevos. Se impulsaron también las actividades de las distintas secciones del Ateneo, a las que además, se les adjudicó un presidente.

2. El Opus Dei en el Ateneo

En el curso 1950-1951 tuvo lugar en el Ateneo uno de los ciclos más interesantes de los allí celebrados. Se dividió en dos partes: «Balance de la cultura moderna» y «Actualización de la tradición española». El ciclo, planteado desde el análisis de una supuesta crisis de la cultura occidental contemporánea, trataba de revisar la tradición nacional española buscando los elementos de solidez que se hallaban en nuestra concepción del mundo. El ciclo había tenido un precedente en otro anterior, del año 1947, titulado «La salvación del mundo por el espíritu». Los padres teóricos de la doctrina que inspiraba este conjunto de conferencias fueron Florentino Pérez Embid y Rafael Calvo Serer, que habían ido escalando posiciones en el Ateneo desde la presidencia de Pedro Rocamora. El primero era el presidente de la Sección de Historia (junto a Ciriaco Pérez Bustamante) y el segundo, como hemos visto, había sido nombrado vocal en la última remodelación⁸. Su influencia ideológica en el Ateneo fue creciendo progresivamente. Ya habían conquistado posiciones en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, donde Calvo Serer dirigía la revista *Arbor*, que habían utilizado como baluarte para difundir sus planteamientos políticos y morales. Ambos estaban estrechamente vinculados al Opus Dei y pretendían ofrecer una opción ideológica que situara a España en el centro del nacionalcatolicismo a la que bautizaron (retomando a Carl Schmitt) con los nombres de «tercera fuerza» y «revolución conservadora»⁹.

de España sufrieron el mismo proceso. En abril de 1955 se llegó a crear incluso un departamento de «Coordinación de los Ateneos, Centros y demás Entidades Culturales y similares», dependiente de la Dirección General de Información.

⁸ Sobre ellos, A. FERRAY: *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos (1936-1956)*, Eunsa, Pamplona, 1993.

⁹ Véase, al respecto, J.L. RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: «La “tercera fuerza” en el franquismo: la teoría de la restauración o la versión española de la revolución conservadora», en J. TUSELL y otros (editores): *Congreso internacional «El régimen de Franco (1936-1975)»*. Política y relaciones exteriores, UNED, Madrid, 1993, vol. 1, pp. 179-188.

El salto definitivo a la presidencia del Ateneo se produjo poco después. La orden de 24 de septiembre de 1951 (B.O.E. de 12 de octubre de 1951) renovó de nuevo los órganos directivos y organizativos del Ateneo. Planteaba la orden la posibilidad de que los socios tuviesen una mayor participación en el régimen interno de la institución. El órgano rector, denominado hasta el momento Junta Directiva, pasó a llamarse Comisión Directiva. Su presidencia fue adjudicada al nuevo Director General de Información (antes Propaganda): Florentino Pérez Embid. Los vocales fueron Rafael Sánchez Mazas, Gregorio Marañón, José María Otero Navascués, Rafael Calvo Serer, Agustín González de Amezúa, Juan de Contreras, Marqués de Lozoya, Manuel Fraga Iribarne, Jorge Vigón, Antonio Millán Puelles, Jorge Jordana y Eugenio Lostau Román. Pérez Embid permaneció en la presidencia del Ateneo hasta 1957, año en que fue sustituido por Vicente Rodríguez Casado. Su marcha de la presidencia no significó una pérdida de poder, pues continuó en la Comisión Directiva como vocal de la misma. En el Ateneo creó Embid diversas plataformas para complementar la labor de orientación ideológica iniciada en el C.S.I.C. Una de estas plataformas fue la revista *Ateneo*, con el subtítulo de *Las ideas, el arte y las letras*. Nació como publicación propia del Ateneo de Madrid, pero pronto se convirtió en la revista oficial del resto de los ateneos de España. La otra gran plataforma fue la colección «O crece o muere» que dio salida a las conferencias pronunciadas en el centro. A partir de 1955 la colección pasó a manos de Editora Nacional. Cuando en 1963 Embid hubo de abandonar completamente los cargos de responsabilidad en el Ateneo, continuó defendiendo sus posiciones políticas y morales por medio de la revista *Atlántida. Revista de Pensamiento Actual*, publicada por la Editorial Rialp¹⁰.

3. La concepción católica de la política

Como se ha dicho antes, los ciclos «Balance de la cultura moderna» y «Actualización de la tradición española» pretendían dejar constancia de la crisis del mundo contemporáneo, y ante las inseguridades que tal situación planteaba para España, nuestro país tenía que buscar un apoyo sólido

¹⁰ Distintas versiones sobre la persona y la obra de Embid (todas ellas favorables) pueden encontrarse en *Florentino Pérez Embid: homenaje a la amistad*, Planeta, Barcelona 1977. Contamos además con el libro de J.M. CUENCA TORIBIO: *La obra historiográfica de Florentino Pérez Embid*, Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 2000.

al que agarrarse ante estos embites. La clave se hallaba, según escribió Embid, en lo siguiente: «Ante el impresionante resquebrajamiento de la cultura moderna, en la tradición española tiene nuestra cultura mucho más que una posibilidad»¹¹. Dichos ciclos de conferencias permitieron a este grupo de intelectuales ir construyendo una teoría política aplicable a la situación española. Se complementó dicha teoría con las aportaciones de otras conferencias aisladas o de publicaciones en los medios de difusión de los que dispusieron. Contribuyeron con sus ideas desde filósofos hasta científicos, pasando por historiadores y militares. El soporte filosófico se debió sobre todo a Rafael Calvo Serer, aunque también aportaron muchas ideas otros filósofos que frecuentaron el Ateneo y que colaboraron en las publicaciones controladas por Calvo y por Pérez Embid. Entre ellos destacan Leopoldo Eulogio Palacios y Antonio Millán Puelles (*Ontología de la existencia histórica*). El libro que recoge más claramente la filosofía de Calvo Serer al respecto fue *Teoría de la restauración*, publicado en 1952 en la colección Biblioteca de Pensamiento Actual (de la que era director) de la Editorial Rialp (controlada por Pérez Embid). El libro recoge algunas de sus conferencias y se divide en tres partes: «Filosofía de la restauración»; «La restauración de la conciencia nacional unitaria»; y «En marcha hacia el futuro». La primera parte, «Filosofía de la restauración», formó parte integrante del ciclo «Balance de la cultura española».

Calvo parte de un esquema hegeliano revolución-reacción-restauración para hacer filosofía política partiendo de la metafísica, e incluso de la teología, pues según él: «no hay ningún tema filosófico que cuando se estudia en sus más profundas dimensiones no tropiece con una cuestión teológica»¹². Se muestra seguidor del filósofo espiritualista Peter Wust, y en particular de su libro *Dialéctica del espíritu*, y de él se sirve para explicar lo que denomina el «esquema cristiano de la historia». Para ello desarrolla toda una visión del desenvolvimiento del espíritu absoluto que después

¹¹ Estas palabras fueron escritas por Embid para el folleto anunciador el ciclo que se publicó en *Arbor*, en enero de 1951, pp. 119-123. Para enmarcar estas ideas y por lo que respecta al mundo intelectual de la España del momento se pueden destacar, entre otros, los siguientes trabajos: E. DÍAZ: *Pensamiento español en la era de Franco*, Tecnos, Madrid, 1963; J.F. MARSAL: *Pensar bajo el franquismo*, Península, Barcelona, 1979; T. MERMALL: *La retórica del humanismo. La cultura española después de Ortega*, Taurus, Madrid, 1978; J. VARELA: *La novela de España*, Taurus, Madrid, 1999; P.C. GONZÁLEZ CUEVAS: *Historia de las derechas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2001.

¹² R. CALVO SERER: *Teoría de la restauración*, Rialp, Madrid, 1952, p. 99. Al igual que hicieran los miembros de Acción Española, este grupo político estaría tratando de construir una «teología política» (véase el libro de P.C. GONZÁLEZ CUEVAS: *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Tecnos, Madrid, 1998).

trasladará al ámbito de lo político, en una clara interconexión de religión y política. La esencia del ser humano, según señala, es ser la manifestación del espíritu (Dios) y en ese hombre, dotado de libertad, luchan las tendencias centrífugas (que representan las inclinaciones subjetivas del individuo) con las centrípetas de la creación. De aquí derivará Calvo Serer dos cuestiones de gran interés para la filosofía política que desarrolla: la libertad del hombre y el estado actual de la sociedad contemporánea.

Por lo que respecta a la libertad del hombre, y al igual que todos los demás pensadores cristianos que aquí veremos, incide Calvo Serer en la existencia de la libertad en el ser humano, cualidad otorgada por Dios. Ese concepto de libertad es entendido no en el sentido de libertades políticas, de acción, o de libre decisión, sino como «el poder de la voluntad», por lo que sería entonces una libertad «que rompe de una manera definitiva todas las filosofías fatalistas y decadentistas». Señala incluso que el progreso, manifestación secularizada de la providencia, es la máxima expresión de la potencia de la libertad que ha tenido el hombre occidental «a partir de su integración en el cristianismo»¹³. Años después, su amigo Pérez Embid insistiría en este principio de la libertad como elemento consustancial al cristianismo, como característica de la dignidad del hombre proporcionada por Dios: «Sin libertad, desde luego, no hay responsabilidad, ni iniciativa, ni vida propiamente humana»¹⁴.

Por lo que se refiere al estado de la sociedad de su tiempo, Calvo Serer apunta la profunda crisis producida en el mundo porque en esa mencionada lucha entre las fuerzas centrífugas de la subjetividad y las centrípetas de la creación, el hombre contemporáneo se está alejando el eje inmutable, de lo que llama la Voluntad Absoluta Personal, o sea, de Dios. El principio de la revolución ha apartado al hombre de ese eje inmutable, sin embargo, no todo en el principio de revolución es negativo pues «el valor positivo de la revolución proviene del pensamiento cristiano que, aunque secularizado, hay en ella; por esto emplea, secularizadas, sus mismas categorías: libertad, fraternidad, igualdad, el hombre nuevo, la nueva sociedad. Pero lo que quiere es lograr el cielo en la tierra, y esto le lleva, al fin, a una total oposición al Cristianismo»¹⁵. La sociedad contemporánea, señala Calvo Serer, fascinada por el poder de la materia, está siendo arrastrada hacia su propia destrucción, empujada por el «actual carácter

¹³ R. CALVO SERER: *Teoría...*, p. 65.

¹⁴ F. PÉREZ EMBID: *Libertad, tradición y monarquía*, colección O crece o muere, Ate-neo, Editora Nacional, Madrid, 1960, p. 17.

¹⁵ R. CALVO SERER: *Teoría...*, 40.

demoníaco de la técnica». El camino a la destrucción se manifiesta en una continuada huida y en un dejarse llevar por filosofías nihilistas como el existencialismo.

El elemento contrario al principio de revolución es el de reacción, que actúa de forma opuesta al anterior, pero sin impulso creativo. En consecuencia, el único camino para superar esta situación es la síntesis y conclusión de los dos principios mencionados: la restauración, entendida como la unión de los principios éticos, espirituales y políticos, lo que él denomina una restauración integral. Dicha restauración integral ha de desarrollar un proyecto de futuro en el que podemos ver las bases sobre las que este grupo político entendía la reforma política: «Una política restauradora exige, por lo menos, los medios y las acciones siguientes: cooperación de la Iglesia en la educación; valoración de las sociedades naturales primarias; una fuerte y extensa organización publicística, en la que la prensa sea orientadora de movimientos de opinión y colaboración en la cultura popular y en la realización política —para que esto sea posible la censura tiene que ser empleada como medio de facilitar la obra creadora, y por ello ha de adquirir un sentido jurídico preciso y no puede ser arbitraria ni reducirse a mera restricción—; organización de la libre actividad económica en un marco legal, reduciendo en todo lo posible el intervencionismo del Estado; por último, la necesidad de la Monarquía como institución que armoniza progreso y tradición, al encauzar las tendencias innovadoras popular-revolucionarias y las tendencias estabilizadoras de las fuerzas aristocrático-conservadoras»¹⁶. Calvo Serer, tratando de dar un mayor prestigio a sus ideas, se reclama heredero de una tradición restauradora europea en la que sitúa a Lord Acton, Chesterton, Belloc o Dawson (quien visitaría el Ateneo en repetidas ocasiones). Por lo que respecta a España, su primera mención es Acción Española aunque el referente último se halle en Menéndez Pelayo.

Las ideas de Calvo Serer se vieron respaldadas no sólo por sus correligionarios españoles, sino por los filósofos, politólogos e historiadores extranjeros que acudieron a los mencionados ciclos que se celebraron en 1951: «Balance de la cultura europea» y «Actualización de la tradición española». La mayoría de ellos eran católicos, sostenían ideologías conservadoras o ambas cosas. Entre ellos destacaremos a Werner Kaegi («Tres grandes historiadores del mundo moderno: Ranke, Burckhardt y

¹⁶ R. CALVO SERER: *Teoría...*, p. 130. Como es conocido, ese concepto de España había sido defendido por Calvo Serer en su libro *España sin problema* (Madrid 1949) como respuesta a la *España como problema* de Laín Entralgo (Madrid 1949).

Huizinga»), T.S. Eliot («Nuevas formas poéticas y dramáticas»), Erick Rothacker («La preocupación por el hombre en la filosofía contemporánea»), Alois Dempf («Sociología de la crisis»), Pierre Gaxotte («La destrucción del Antiguo Régimen»), Marcelo Caetano («Los ensayos modernos de organización del estado»), Michael Oakeshott («Doctrinas sociales y políticas contemporáneas»), Alexander Parker («Valor actual del humanismo español») y Edmund Schramm («El pensamiento político de la tradición española en el siglo XIX»)¹⁷. Sin embargo, a quien más estimaban los directivos del Ateneo era a Carl Schmitt quien por su prestigio intelectual otorgaba una sanción especial tanto a la dictadura de Franco (visitando las diversas instituciones culturales del régimen, pues también conferenció en el Instituto de Estudios Políticos) como a las ideas que circulaban en el Ateneo sobre el presente y el futuro de España¹⁸. Su intervención en el Ateneo tuvo lugar el 11 de mayo de 1951 y fue publicada al año siguiente con el título de *La unidad del mundo*, dando inicio a la colección «O crece o muere».

Hubo también otros pensadores que con su presencia contribuyeron a reforzar los planteamientos ideológicos del grupo de Pérez Embid y Calvo Serer. Uno de ellos fue Alois Dempf, profesor de la Universidad de Munich y miembro de las Academias de Austria y de Baviera. En 1935 Dempf había estado en España impartiendo un curso sobre filosofía política alemana en la Universidad Menéndez Pelayo, alcanzando gran éxito de público. Fue invitado para dar en el siguiente año otro curso, esta vez sobre la filosofía política cristiana en España. Cuando estaba preparado para desplazarse a nuestro país en julio de 1936 estalló la guerra y Dempf tuvo que cancelar su viaje. El contenido del curso se publicó en Austria en 1937 y en España en 1961, en el seno de la Biblioteca de Pensamiento Actual dirigida por Calvo Serer. Para el ciclo «Balance de la cultura europea» Dempf preparó una conferencia titulada «Sociología de la crisis» en la que insistió en el carácter errático de la civilización contemporánea, situación causada por el establecimiento del orden social únicamente sobre elementos terrenales¹⁹.

¹⁷ Muchas de estas conferencias se publicaron más tarde en la colección «O crece o muere». Algunas cambiaron su nombre o fueron parcialmente modificadas al ser publicadas, como la de E. Schramm, que se tituló *Donoso Cortés, ejemplo del pensamiento de la tradición* (Ateneo, Madrid 1952).

¹⁸ Sobre la influencia de Schmitt en España, P.C. GONZÁLEZ CUEVAS: «Carl Schmitt en España», en D. NEGRO (dir.): *Estudios sobre Carl Schmitt*, Fundación Cánovas del Castillo, Madrid, 1996, pp. 231-262; y G. GUILLÉN KALLE: *Carl Schmitt en España: la frontera entre lo político y lo jurídico*, G. Guillén, Madrid, 1996.

¹⁹ A. DEMPFF: *Sociología de la crisis, O crece o muere*, Ateneo, Madrid, 1951, pp. 23-24.

La misma línea de pensamiento mantuvieron otros conferenciantes como el citado Christopher Dawson, quien en su conferencia sobre la «Situación actual de la cultura europea» analizó la pérdida del caudillaje cultural de Europa por la disolución de la confianza en los propios valores y tradiciones. Dawson encontraba también en la pérdida de los valores cristianos el estado de confusión en el que vivía la sociedad de su tiempo.

De lo que se trataba, en última instancia, era de proponer un retorno a los ideales cristianos para encauzar de nuevo la vida del hombre. Como el propio Dawson señalaba: «Una ideología secular atrae inevitablemente intereses sociales particulares y sus valores morales tienden a convertirse en valores de una clase o de una nacionalidad. Pero los valores morales de una religión superan sus limitaciones sociales, y así, el cristianismo pudo unir al esclavo y al hombre libre...»²⁰. El papel del cristianismo en la sociedad contemporánea preocupó a los dirigentes del Ateneo hasta tal punto que en 1952 Pérez Embid organizó un ciclo de conferencias especialmente dedicado a ello que llevó por título «El catolicismo en la cultura europea de hoy». En esta ocasión sólo asistieron invitados extranjeros, entre los que destacaron Michele Federico Sciacca, Michael Schmauss, Joseph Lortz, Anton Rothbauer, Jean Roger, Marcel de Corte, Alfonso Botelho y Arnaldo Miranda Barbosa²¹.

4. La tradición nacional: una visión esencialista de España

Por lo que respecta a las aportaciones españolas, la mayor parte de ellas tuvieron lugar en el ciclo «Actualización de la tradición española». Participaron en él Martín Almagro Basch («Raíces históricas del hombre español»), Antonio Pastor («La moral práctica en la literatura clásica española»), Agustín González de Amezúa («La sensibilidad humana de Felipe II»), Luis Sánchez Agesta («Clave histórica de la tradición política española»), Indalecio Núñez («La tradición de honor en la Marina española»), Jorge Vigón («Vitalidad de las virtudes militares españolas»), Miguel Cruz Hernández («El pensamiento español a través de la cultura moderna»), Emilio Orozco («Las nuevas formas estéticas ante el Barroco español»), Pérez Embid («La función nacional de las regiones españolas»), Ignacio Agustí («Cataluña entre tradición y revolución»), Miguel

²⁰ C. DAWSON: *Situación actual de la cultura europea*, O crece o muere, Ateneo, Madrid, 1951, p. 32.

²¹ Sobre este ciclo, véase la revista *Ateneo* a partir del n.º 5 de 1952.

Fisac Serna («Espíritu de la arquitectura popular española»), José María Jover («Conciencia obrera y conciencia burguesa en la España contemporánea»), José María García Escudero («Crítica de la Restauración»), José María Pemán («Un gran intento de actualizar la conciencia española»), G. Fernández de la Mora («La teoría política de la tradición española ante la actualidad»), Mariano Navarro Rubio («La estructura de la sociedad española y las nuevas formas sindicales»), Vicente Rodríguez Casado («El mundo hispanoamericano ante el porvenir»), José Larraz («Sociología y economía en busca de un orden nuevo») y José María Oriol y Urquijo («Técnica e industrialización, soportes de nuestro espíritu nacional»).

Los pensadores españoles trataron de llevar las anteriores reflexiones sobre la situación de la sociedad contemporánea al ámbito nacional, intentando de atisbar, según lo propuesto por Pérez Embid en el folleto anunciador del ciclo, las aportaciones que España podría realizar desde su tradición histórica. La primera tarea consistió en explicar cuál era la tradición de España, qué tenía nuestro país de particular que ahora se hacía necesario. En la citada conferencia de Calvo Serer ya se insistió en que España se movía por dos impulsos principales: el sentido del pasado y la vitalidad. «La vida española no descansa sobre las ideas», decía Calvo. Más preciso fue Sánchez Agesta, quien dedicó una conferencia al asunto de la tradición española en la que hizo notar que la clave había que buscarla en el principio cristiano. Para Sánchez Agesta, cuatro eran los elementos que definen la tradición histórica española: la adscripción a un territorio, la herencia biológica²², el espíritu o ethos que es propio de cada pueblo y el conjunto formado por las realizaciones históricas, instituciones políticas y sociales, creaciones artísticas o literarias. La esencia de la tradición se encuentra, según Sánchez Agesta, en el ethos, en la identidad de España como pueblo. El problema sería decidir si en España hemos de admitir la existencia de un ethos único o, por el contrario, la pluralidad de lo que denomina «familias espirituales». En cualquier caso, es el sentido cristiano el que predomina sobre cualquier otra cualidad y es desde el cristianismo desde donde deben partir las aportaciones renovadoras de España a la crisis espiritual: «Lo que la fidelidad a la tradición exige es insular todas las instituciones, todo el orden social y político de un auténtico

²² Resulta interesante su explicación que de herencia biológica: «y aunque no seamos un pueblo racista por nuestro sentido cristiano, y quizá por las múltiples invasiones que han humillado todo posible orgullo racial, aún en esas fusiones históricas hemos querido con la “limpieza de sangre”, discriminar una continuidad histórica biológica» (L. SÁNCHEZ AGESTA: *En torno al concepto de España*, O crece o muere, Ateneo, Madrid, 1951, pp. 24-25).

sentido cristiano»²³. Este concepto de la tradición española desde un sentido cristiano le permite realizar un repaso histórico sobre lo que él denomina «desviaciones» de esta tradición. Una de ellas sería (y esto resulta novedoso respecto a otros conferenciantes, aficionados a hacer apologías de la Casa de Austria y el Imperio) el gobierno de los Austrias, que pretendió realizar un estado eclesiástico como imagen invertida del Leviatán hobbesiano (es decir, creando un poder político absoluto al servicio de fines sobrenaturales). Otra de las desviaciones de la tradición entendida con sentido cristiano se hallaría en el racionalismo de los ministros de Carlos III. Cuando por fin llega al siglo XIX (la bestia negra de los nacionalcatólicos), Sánchez Agesta realiza el siguiente análisis: para él, la desviación no estuvo en las Cortes de Cádiz, sino en «la asimilación culta de principios, doctrinas e instituciones bebidas en el positivismo, en el doctrinarismo, o en mal traducido idealismo alemán». Y lo peor, señala, no estuvo en este mal traducido idealismo alemán (el krausismo), sino en lo que llama la «herejía positivista», «cuya huella es mucho más profunda de lo que se piensa», pues «fue no sólo la filosofía del progresismo y el liberalismo español, sino que se infiltró (especialmente en el ámbito de las doctrinas jurídicas) en los campos más insospechados»²⁴.

5. Valoración negativa de la Restauración canovista

Especialmente interesante para la configuración de su doctrina política es el análisis que realizan estos autores del siglo XIX, y en particular de la Restauración canovista. La perspectiva moderada e incluyente que observamos en Jover y en Sánchez Agesta, se pierde en otros historiadores, como el propio Pérez Embid. Para Embid el siglo XIX llevó a cabo una especie de conspiración para borrar de las huellas intelectuales nacionales el rastro de la esencia tradicional cristiana, propia de España, tratando de sustituirla por lo ajeno, lo externo: el racionalismo y el libera-

²³ L. SÁNCHEZ AGESTA: *En torno al concepto...*, p. 33. La conferencia de Sánchez Agesta se impartió en el Ateneo el 12 de febrero de 1951.

²⁴ L. SÁNCHEZ AGESTA: *En torno al concepto...*, p. 32. Tres años después, Sánchez Agesta publicaría un artículo en la *Revista de Estudios Políticos* en el que analizaría su visión del siglo XIX: «Sentido sociológico y político del siglo XIX» (*Revista de Estudios Políticos*, n.º 75, mayo-junio de 1954, pp. 23-43). Otro análisis del siglo XIX es el realizado por José María JOVER en su *Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea* (O crece o muere, Ateneo, Madrid, 1952). Bastante alejado de los planteamientos espiritualistas de otros conferenciantes, Jover se centró en los aspectos sociales de la fractura de la sociedad española, haciendo hincapié en los valores del humanismo cristiano.

lismo. Estos principios disolventes y ateos trataron de destruir los fundamentos sobre los que se había sustentado la vida española. Escribió Pérez Embid un párrafo especialmente ilustrativo al respecto que resume muy bien su percepción de la historia: «El esfuerzo cultural referido²⁵ aísla y traspapela deliberada e inteligentemente la vigencia operativa del humanismo español del Siglo de Oro, la doctrina de los teólogos-juristas de Trento o del teatro de Calderón y de Lope, busca con candil los erasmistas españoles o herejías en el Quijote, y desprecia los nombres recientes como Balmes o como —éste que ahora resulta coloso europeo— Juan Donoso Cortés. Al mismo tiempo oculta en la más cerril conspiración del silencio la empresa titánica —así es como se dice en castellano— de Menéndez Pelayo. Y casi alcanza ya con las puntas de los dedos la construcción de una España diferente, en la que hubiera resultado colada de rondón la cultura europea de la modernidad. Cuando eso está a punto de ocurrir, el marxismo aniquila de un manotazo la vigencia social de la República de profesores, y por otra parte, la guerra convierte a aquellos intelectuales en la “España peregrina”». Este texto de Embid se publicó en la revista *Ateneo* en el número dedicado a la conmemoración de la muerte de Manuel García Morente, por lo que sus alusiones al trabajo subversivo de la Institución Libre de Enseñanza tienen una especial significación²⁶.

La Restauración canovista tuvo un especial interés para estos autores porque representaba un momento de síntesis en la agitada vida política del XIX español (según la tríada revolución-reacción-restauración de Calvo Serer). Sin embargo, desde su punto de vista, esta restauración resultó fallida. En la segunda parte de su libro *Teoría de la Restauración*, titulada «La restauración de la conciencia nacional unitaria», hace Calvo Serer su análisis al respecto, señalando que la restauración canovista tuvo el error de no arrancar las raíces del fermento revolucionario, que tiró hacia la izquierda una restauración que resultó más liberal de lo que cabría esperar, y que en algunos casos fue reaccionaria, mientras que en otros, revolucionaria.

El análisis más detenido sobre la Restauración se lo debemos a José María García Escudero, quien dio una conferencia sobre ella en el Ateneo madrileño el día 9 de febrero de 1951. En su examen García Escudero

²⁵ Está haciendo alusión a la tarea emprendida desde 1812 para introducir en España el liberalismo y para descristianizar el pensamiento nacional.

²⁶ F. PÉREZ EMBID: «Introducción a la significación de García Morente en la cultura contemporánea española», en *Ateneo*, n.º 32, 11 de abril de 1953. El estilo del homenaje a Morente es claramente político por la forma en que es utilizada la figura del filósofo como arma arrojada contra los republicanos.

tiene por premisa el hecho de que es necesario a una nación la existencia de un proyecto común hacia el que todos los individuos caminen conjuntamente, pues «una patria no es sólo venir del mismo sitio. Una patria es sobre todo ir al mismo lugar». La situación de España no ha sido ésta, pues en el último siglo, y por la voluntad disolvente de las ideas liberales, se ha fragmentado el país y han surgido las dos Españas (raíz última de la Guerra Civil). Desde su punto de vista, la Restauración canovista no se preocupó más que de mantener una ficción política y de este modo, «compró el orden político vendiendo el orden social», se convirtió en lo que denomina un «cuerpo sin alma», es decir, en un sistema político artificial, sin existencia social real, en una ficción. Con la muerte de Cánovas, la ficción se trató de mantener, aunque cada vez con más dificultad y únicamente la dictadura de Primo de Rivera podría haber resuelto el problema si se hubiera sustentado sobre bases distintas a las canovistas: «...había que ir a un régimen dogmático, que intentara la colaboración de los españoles en un plano distinto del político; que de la España con dos centros de Cánovas había que pasar a una España con un solo centro, y que Primo de Rivera no lo supo o no lo pudo hacer»²⁷. García Escudero analiza la Segunda República como un mero apéndice de la Restauración, que se ha librado de la monarquía: «un Monarquía minimizada, Monarquía enferma, sombra de la Monarquía, Monarquía sin sustancia, Monarquía liberal». Este concepto de la monarquía liberal como monarquía vacía de contenido tiene gran interés, como veremos más adelante, por cuanto estos autores reivindican el papel de la monarquía en las sociedades contemporáneas. Por último, y desde el análisis de García Escudero, el fracaso de ese intento de restauración se debió a tres causas principales: la falta de una clase dirigente, la falta de un temperamento político adecuado y la falta de un pensamiento nacional y de base económica que hubiera permitido la existencia de una política conservadora y evolutiva.

Según estos autores, pese al intento de los liberales, durante el siglo XIX se mantuvo viva la tradición española encarnada en ilustres figuras de las que se reclaman herederos. Una de ellas es el sacerdote catalán Jaime Balmes; otra es Juan Donoso Cortés, reclamado por los historiadores y los juristas católicos para la historia de las ideas europeas como un pensador de primera magnitud (Schmitt, Dempf y Schramm, principalmente). Sin embargo, los dos pilares sobre los que se sustenta la teoría política de los nacionalcatólicos son más modernos: Menéndez Pelayo y Ra-

²⁷ J.M.^a GARCÍA ESCUDERO: *Crítica de la Restauración liberal en España*, O crece o muere, Ateneo, Madrid, 1952, p. 23.

miro de Maeztu. El primero se convirtió en objeto de casi veneración. Calvo Serer lo presenta como un héroe en la Restauración canovista, un héroe del catolicismo frente al pragmatismo económico de los liberales. De él se resalta su capacidad de trabajo, su erudición y, cosa curiosa, el odio que al decir de Pérez Embid le tenían los liberales, lo que era señal, al parecer, de gran valía. Embid fue un ferviente admirador de don Marcelino. Fue él quien reordenó los trabajos que había realizado Pedro Sainz Rodríguez sobre el sabio santanderino y los publicó en Editora Nacional con el título *Estudios sobre Menéndez Pelayo*. Igualmente, fue el autor de *Marcelino Menéndez Pelayo, el definidor de la conciencia española*, tomo tercero de la colección «Forjadores del mundo contemporáneo», dirigida por él mismo para la editorial Planeta. Años después, en 1965, dio una conferencia precisamente sobre Menéndez Pelayo en el Club Urbis de Madrid en la que destacaba el papel de Menéndez Pelayo como gran impulsor de la verdadera tradición católica española y como fuente de la que aún se podía seguir bebiendo²⁸.

Maeztu, por su parte, es tratado como un mártir y su trayectoria vital, sin disponer del carácter de erudito ciclópeo de Menéndez Pelayo, es analizada por su riqueza en vivencias, por su evolución personal hasta hallar el tan citado «eje inmutable». En el citado homenaje a Morente en la revista *Ateneo*, Maeztu aparece como contrafigura del filósofo, sobre todo en su concepción de lo español, y es presentado como capítulo glorioso de la tradición católica anteriormente mencionada que se inicia con Balmes. Este trabajo fue realizado por Gonzalo Fernández de la Mora, que poco antes había publicado en Rialp el estudio *Maeztu y la teoría de la revolución* en el que había desarrollado más a fondo su análisis de Maeztu como restaurador de la tradición nacional: «Lo más original y propio de Maeztu fue su voluntad de restauración. En esto se distinguió de los conservadores puros, vendidos de antemano por la impetuosa agresión revolucionaria. Ramiro de Maeztu fue un pensador y un político de la Contrarrevolución, sin arqueologismos, sin complejo de inferioridad y sin timidez. Estuvo a la altura del tiempo con fe y con arrojo. Y precisamente por eso alcanzó a ser, como su maestro Menéndez Pelayo, un verdadero restaurador»²⁹. Otro de los ateneístas más conspicuos, Vicente Marrero, también dedicó un libro a glosar la persona y la obra de Maeztu, señalando su papel precursor³⁰.

²⁸ Esta conferencia fue publicada también en la colección O crece o muere del Ateneo de Madrid con el título de *Menéndez Pelayo desde la actualidad*.

²⁹ El artículo de Fernández de la Mora en *Ateneo* se tituló «Morente y Maeztu ante la hispanidad», y apareció en el n.º 32 del 11 de abril de 1953. El libro se publicó en 1951.

³⁰ V. MARRERO: *Maeztu*, Rialp, Madrid, 1955.

Por otra parte, y por medio de varias instancias oficiales, se procuró sacar del olvido a autores y corrientes del tradicionalismo decimonónico, incluido el carlismo. El mismo Vicente Marrero seleccionó y prologó los textos incluidos en *El tradicionalismo español del siglo XIX*, que apareció publicado en la colección «Textos de doctrina política», de Publicaciones Españolas (editorial adscrita a la Dirección General de Información, dirigida, como ya sabemos, por Pérez Embid). En la misma colección y justo un año después (1956), apareció *Breve historia del tradicionalismo español*, de Santiago Galindo Herrero. Especial atención recibió Donoso Cortés pues, aparte de las obras de los autores extranjeros ya mencionados, Galindo le dedicó una monografía, *Donoso Cortés y su teoría política* (Badajoz, Diputación Provincial, 1957) y presentó el libro de Dietmar Westemeyer: *Donoso Cortés, hombre de estado y teólogo* (Madrid, Editora Nacional 1957).

6. La monarquía como proyecto de futuro

En definitiva, de lo que tratan todos estos autores es de dar un sustento ideológico al régimen de Franco, aunque, y aquí radica su peculiaridad, proyectándolo hacia un porvenir diferente, basado en la monarquía. Recordemos que muchos de ellos habían bebido en las fuentes de Acción Española, y que algunos, como Calvo Serer o Pérez Embid, formaron parte del consejo privado de Juan de Borbón. Vimos anteriormente cómo desde la filosofía de Calvo Serer, el devenir histórico contemporáneo tenía que terminar en una restauración de los principios inmutables cristianos. Al aplicar estas ideas a la situación española, señalaba la necesidad de la dictadura como camino, tal y como ya apuntó Donoso Cortés, a quien se remite. En este sentido, legitima la dictadura franquista y el movimiento que le dio origen valorando su componente restaurador: «El Movimiento Nacional español, por su parte, aparece con una fuerte dosis de restauración, tomada del catolicismo social, del tradicionalismo político y del catolicismo intelectual; y lo revolucionario que hay en él proviene de la patriótica ambición de integrar a los heterodoxos del 98 y a los germanizantes»³¹. Sin embargo, y con ciertas precauciones, Calvo no se priva de advertir del peligro de las dictaduras. Desde su punto de vista, la culminación de la conciencia unitaria española se halla en la monarquía, por lo que la dictadura no deja de ser un período intermedio para asentar

³¹ R. CALVO SERER: *Teoría...*, p. 38.

la situación política, y hacia la restauración de la monarquía es hacia donde debe caminar el proyecto común de futuro. Extremar sus comentarios al respecto parece que fue la razón de su primera caída en desgracia en septiembre de 1953³².

Pérez Embid, de la misma opinión, tuvo más cuidado en sus afirmaciones públicas al respecto. De todas formas, el grupo de monárquicos afines a don Juan trató en todo momento de estar presente en la palestra pública dejando caer sus observaciones donde se les quisiera oír. Aparte de las actividades del Ateneo, algunos de ellos publicaron libros sobre la monarquía y la situación de los monárquicos en otros períodos históricos, como Santiago Galindo Herrero, que dio a Rialp su obra *Los partidos monárquicos durante la II República*. Galindo Herrero (monárquico reconocido, al igual que el otro gran colaborador de Embid: Amalio García Arias) fue secretario del Ateneo durante la presidencia de Florentino Pérez Embid. Por su parte, Embid daría a conocer sus opiniones al respecto en un libro publicado en la colección «O crece o muere». El libro, titulado *Libertad, tradición y monarquía*, había sido presentado en los ateneos de Madrid y Cádiz entre 1959 y 1960 y era el resultado de sus colaboraciones periodísticas. En este libro explica claramente cómo entiende la adecuación de la monarquía a la sociedad contemporánea. Para empezar encuentra una total incompatibilidad entre la monarquía y la izquierda. Después, señala que las «monarquías del siglo xx han de ser, necesariamente, monarquías populares o sociales». Insiste, al igual que Calvo, en la decisiva importancia de esta institución para que España recupere su esencia y su tradición. Describe, además, en los caracteres que han de definirla: «La monarquía en el siglo xx es el poder fuerte y flexible, limitado por las leyes del Reino y por las garantías del derecho público occidental y cristiano, capaz de encuadrar la vitalidad creadora del pueblo, canalizándola con sentido actual, para enfrentarse con los problemas concretos con agilidad y eficacia. Estas notas son las mismas que tuvo la monarquía tradicional española, la monarquía católica. Con todo, su misión esencial es hacer justicia»³³.

Los monárquicos ateneístas recibieron un gran respaldo moral con la presencia en el Ateneo de Roberto Cantalupo, diputado del partido monár-

³² Calvo Serer publicó, en *Écrits de Paris* (septiembre de 1953), un artículo comentando la situación política española en el que planteaba la necesidad de evolución del régimen de Franco hacia una monarquía. A consecuencia de ello, Calvo fue apartado de la dirección de la revista *Arbor* y todo su grupo desplazado de sus posiciones de poder en el C.S.I.C.

³³ F. PÉREZ EMBID: *Libertad, tradición y monarquía*, O crece o muere, Ateneo, Editora Nacional, Madrid. 1960, pp. 42-43.

quico italiano y embajador de la Italia fascista ante Franco. Cantalupo dio una conferencia el 18 de abril de 1955 en la que mostraba su pavor al bloque comunista, proponiendo como freno el regreso al poder de las viejas clases dirigentes (personificadas en las monarquías anteriores a la guerra mundial)³⁴.

Entre 1954 y 1955 el Ateneo de Madrid organizó otro ciclo de conferencias que fue especialmente difundido por sus dirigentes. Llevaba por título «Tendencias actuales del pensamiento europeo» y su objetivo era insistir en los presupuestos esbozados en los cursos anteriores en todo lo referente a la crisis de la cultura contemporánea. A él acudieron muchos conferenciantes extranjeros, todos ellos de marcada tendencia conservadora o católica. Repitieron su visita al Ateneo Alois Dempf, Michele Federico Sciacca, Michael Schmauss o Michael Oakeshott. Asistieron por vez primera Georg Stadtmüller y Bertrand de Jouvenel. El objetivo del ciclo era dar un respaldo internacional a los planteamientos conservadores explicados por el círculo ateneísta, insertándolos en un contexto internacional (asunto éste que, como veremos, preocupará cada vez más).

7. Una difusa idea de la libertad económica

Otro componente fundamental de la teoría política y social diseñada desde los estrados del Ateneo fue el económico. Es notable la situación de ambigüedad en la que se movieron estos autores pues si por un lado defendieron una economía desregularizada, por otro (y desde sus planteamientos cristianos) el liberalismo económico no conducía más que a atomizar al individuo y, por lo tanto, a destruir la comunidad social. A pesar de que el Ateneo preparó el debate intelectual sobre la necesaria reforma económica española con diversos actos que trataban de mostrar la ineficiencia de la autarquía, no todos los pensadores estaban convencidos de que el camino fuera el del liberalismo, pues temían que ante la disolución social que se preveía, las clases trabajadoras se apartasen tanto de la Iglesia como de su marco de expectativas. Durante estos años se escribieron muchos artículos y se organizaron numerosas conferencias y ciclos para analizar el asunto. Desde la serie «La economía española» (febrero de 1954) hasta los ciclos organizados en colaboración con el Centro de Estudios Sindicales, los temas de reflexión preferidos rondaron siempre el

³⁴ R. CANTALUPO: *Actualidad del retorno a las monarquías en Europa*, O crece o muere, Ateneo, Editora Nacional, Madrid, 1955.

problema de la técnica y la destrucción del empleo, el enfrentamiento entre clases sociales y la situación de los trabajadores en los países comunistas y en los países occidentales.

Gran expectación produjo un curso celebrado en la UIMP y patrocinado por el Ateneo en agosto de 1960. Llevó por título «Las nuevas orientaciones del pensamiento social y económico» y estuvo dirigido por Pérez Embid. Las conferencias giraron en torno a la economía y las nuevas formas de vida, sin olvidar (como era habitual en todos los cursos celebrados por este grupo ateneísta) las correspondientes menciones a las derivaciones éticas y religiosas del problema. Algunos conferenciantes insistieron en las cuestiones políticas, como Fernández de la Mora («Realidades sociales y representación política») o Calvo Serer («Libertad y democracia en el mundo de la última posguerra»); otros en los cambios económicos, como Manuel Alonso García («La democracia industrial y las transformaciones de la empresa») o Joseph Hoffner («Crisis y renovación de la propiedad en la sociedad industrializada»). Especial interés produjo el impacto de la tecnología en la vida del hombre. A ella dedicaron sus charlas Gaspar Bayón («La nueva esclavitud del individuo ante la técnica») y Jesús Fueyo («El impacto de la técnica sobre las formas de vida»). No se olvidó la visión de la Iglesia, traída a colación por Antonio Perpiñá en «Doctrina católica y pensamiento pontificio ante los problemas sociales». Tampoco se echó de menos el análisis del mundo comunista. La tarea fue llevada a cabo por Fuentes Quintana («Capitalismo y comunismo en su eficacia ante el desarrollo económico») y por André Piettre («Evolución del comunismo en Rusia y en China»). Pese al enfoque más o menos ideologizado de estas intervenciones, lo que parece cierto es que el círculo ateneísta tenía verdaderas dificultades para conciliar su idea de la libertad económica con la protección de los trabajadores, cuestión ésta prioritaria para ellos, tanto por sus creencias cristianas como por razones de orden público. La preocupación por la paz social aumentaría extraordinariamente en los años siguientes, sobre todo por las consecuencias de los planes de estabilización que provocarían, entre otras cosas, la oleada de huelgas de 1962.

8. La inserción de España en el contexto internacional

Los dirigentes del Ateneo siempre mostraron gran interés por las cuestiones internacionales. La URSS y su bloque suponían una gran amenaza para el mundo occidental por lo que, desde su punto de vista, había que conocer con relativa profundidad cuál era el carácter de su organiza-

ción social para tratar de extirpar los posibles males de raíz. Ahí se halla, precisamente, la clave de su interpretación económica del liberalismo. Dentro de la imagen catastrofista del mundo contemporáneo que se solía presentar en sus medios de difusión, el desarrollo del comunismo chino y sus relaciones con la URSS tuvieron un protagonismo destacado en la revista *Ateneo*. El mundo oriental traspasado al comunismo representaba una enorme amenaza para la mentalidad conservadora que imperaba en la España de Franco. Si a eso unimos las continuadas advertencias sobre la crisis y la disolución de la cultura europea, el panorama exterior resultaba mucho más amenazador, de ahí las repetidas apelaciones a rescatar las raíces culturales propias. Y ahí radicaba el papel de España en el contexto internacional que era, por lo tanto, el de reserva espiritual de occidente.

En esta línea se movió el curso «Las actuales tensiones entre Oriente y Occidente» que, patrocinado por el Ateneo de Madrid y dirigido por Pérez Embid, se celebró en la UIMP en agosto de 1962. El curso, salvo alguna conferencia orientada a la política internacional, estaba dirigido a analizar el conflicto ético y religioso entre los dos bloques, como prueban las conferencias dadas por el padre Todolí («Bases éticas del enfrentamiento entre Oriente y Occidente»), Antonio Fontán («El hombre comunista y el humanismo cristiano»), Jesús Fueyo («Materialismo dialéctico y pensamiento cristiano»), etc. Únicamente Federico Rodríguez realizó un enfoque de tipo social, que venía a llamar la atención sobre el descontento social y la aproximación de las masas trabajadoras al comunismo («La tensión entre los regímenes sociales de Oriente y de Occidente»)³⁵.

La creación de la revista *Punta Europa* vino a confirmar la concepción de España como reserva espiritual de occidente. *Punta Europa*, dirigida por Vicente Marrero y directamente vinculada al Ateneo, se fundó en 1956. Pretendía ser una revista de corte intelectual en la que se expusiera el trabajo realizado por los colaboradores del Ateneo, tanto extranjeros como españoles. Se convirtió en lugar de expresión para los católicos europeos, y en sus páginas podemos encontrar numerosas reflexiones acerca de los temas recurrentes que interesaban a los dirigentes del Ateneo: el cristianismo, la crisis moral, la monarquía, el desarrollo económico y la política internacional. Destaca la atención prestada a Europa, que fue aumentando progresivamente, sobre todo desde que la transformación económica causada por los planes de estabilización, la emigración y la llegada de turistas permitió atisbar la posibilidad de integrarse en el movimiento hacia la unión.

³⁵ Secretaría, carpeta 64, Archivo del Ateneo de Madrid.

A tal punto llegó el interés por Europa y por lo que ésta significaba, que en el mismo Ateneo proliferaron las conferencias y actos relacionados con ella. Recordemos, además, que estos actos coincidieron con la petición formal de ingreso de España en la CEE (9-2-1962)³⁶. En el curso 1959-1960 José Cepeda Adán impartió un ciclo de 16 conferencias sobre «España en Europa (una visión de la historia de España)», en el que prestó especial atención a las cambiantes relaciones de nuestro país con el continente. Se llegó a crear, incluso, un Seminario de Estudios Europeos en el que se prestó cada vez más atención a los temas económicos y a las posibilidades de convergencia de España con los países europeos. La persona que coordinó este seminario fue el economista José Miguel Azaola. Sus actividades en el Ateneo continuaron incluso en tiempos de la presidencia de José María de Cossío. A principios de 1963 organizó Azaola un seminario sobre europeísmo que produjo gran interés, tanto por las conferencias de Azaola como por los coloquios posteriores. Los temas de las conferencias son muy explicativos. En general, no se solían tocar las evidentes diferencias políticas que separaban a España de la Europa democrática, sino que se hacía hincapié en los aspectos económicos. Así, los días 22 de enero y 5 y 12 de febrero de 1963 Azaola pronunció tres conferencias acerca de «El plan español de desarrollo económico ante la integración europea». Lo más político que hubo en este seminario sobre europeísmo fue una charla sobre «La política europea del general De Gaulle y sus consecuencias» (19-2-1963)³⁷. El deseo de vincular el pensamiento conservador (tradicionalmente más próximo a la nación) al movimiento de integración europea fue la razón que condujo a la creación del Centro Europeo de Documentación e Información (C.E.D.I.) en Santander en 1952, en el seno del seminario «Estudios de la situación política, económica, social y cultural europea», de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo³⁸.

El europeísmo de Azaola enlazaba muy bien con las ideas mantenidas por el círculo de Pérez Embid acerca de España. Azaola trasladaba la vi

³⁶ La petición se debatió en el Congreso del Movimiento Europeo celebrado en Munich en junio de 1962. El rechazo al ingreso de España en la C.E.E. hasta que no cambiaran sus fundamentos políticos provocó una gran reacción del gobierno español, que llamó al congreso el «contubernio de Munich» y obligó al destierro y al exilio a algunos de los representantes españoles como Gil Robles, Ridruejo, Satrústegui o Álvarez de Miranda.

³⁷ Secretaría, carpeta 60, Archivo del Ateneo de Madrid. Esta última conferencia también de Azaola.

³⁸ Sobre el C.E.D.I., véase el artículo de P.C. GONZÁLEZ CUEVAS: «Neoconservatismo e identidad europea (una aproximación histórica)», *Spagna Contemporánea*, 1998, n.º 13, pp. 41-60.

sión tradicional, histórica y esencialista de España a Europa en el contexto de la guerra fría. A pesar de haber expuesto sus ideas en multitud de foros, donde más claramente las explicó fue en Ateneo, en una conferencia pronunciada el 29 de marzo de 1952 que versó sobre los «Complejos nacionales en la historia de España». La primera parte, significativamente titulada «La comunidad europea de destino» analizaba las actuales carencias del estado nacional por haber sido incapaz de trascenderse a sí mismo. La situación de Europa, aplastada por la guerra mundial y en medio de dos bloques políticos y económicos, la convertía en un ente minúsculo si no era capaz de rescatar la esencia de su tradición y recuperar su unidad³⁹.

9. Conclusión

Este trabajo ha pretendido presentar la creación de una orientación ideológica dentro del régimen de Franco partiendo del seno de una institución como el Ateneo de Madrid. El círculo de personas que dieron forma a esta línea política se sirvieron del prestigio nacional e internacional del Ateneo para proyectar una imagen más favorable del régimen. El círculo mencionado estaba capitaneado por Florentino Pérez Embid y Rafael Calvo Serer, pero comprendía también, de forma más o menos informal, a un grupo de profesores, políticos y funcionarios cuyo objetivo había sido copar los puestos de poder en el terreno de la cultura y la educación para desde ahí, lanzar su ofensiva ideológica frente a otras corrientes del franquismo. El grupo tenía conciencia de tal, como reflejan sus periódicas reuniones en el parador nacional de El Paular, denominadas «Conversaciones intelectuales de El Paular». Como se ha visto, basaban sus propuestas políticas, sociales y económicas en criterios morales y religiosos, lo que a menudo les hacía caer en numerosas contradicciones, como la defensa de la libertad económica y el deseo de paz social, o como la apelación a una monarquía tradicional. Tales contradicciones conducían a que sus ideas políticas fueran inviables entre otras cosas por su falta de rea-

³⁹ J.M. AZAOLA: *Complejos nacionales en la historia de Europa*, O crece o muere, Ateneo, Madrid, 1952, p. 18. Azaola dedicó muchos esfuerzos a crear una red de institutos europeos por España y tratar de conectarlos con centros similares en Europa. Tales esfuerzos fueron atajados por el exilio, concretamente por el P.N.V. cuando intentó aproximarse a Nouvelles Equipes Internationales (antecedente de la Democracia Cristiana) y por Madañaga y el C.F.E.M.E. cuando hizo lo mismo con respecto al Movimiento Europeo. Agradezco esta información a Antonio Moreno Juste.

lismo y de adecuación a las transformaciones de la sociedad española. Pese a todo, habría que reconocerles un cierto éxito en su estrategia de difusión de la ideología que abanderaban, pues supieron servirse con eficacia tanto del Ateneo como de los contactos políticos de los que dispusieron. Convirtieron el Ateneo de Madrid en uno de los focos culturales más activos de la estéril España franquista, pese a la tendenciosidad política de sus iniciativas. Cuando la institución pasó a estar presidida por José María de Cossío a partir de 1963, las conferencias, cursos y ciclos de tipo político se fueron reduciendo paulatinamente, cobrando más importancia las actividades culturales: literatura, música, arte y cine, en particular.